

Siempre supe que volvería a verte, Aurora Lee

Eduardo Lago



**Siempre supe
que volvería a verte,
Aurora Lee**

Eduardo Lago

MALPASO

A través de un cristal, oscuramente

Wild Games

Esta historia empieza y termina con un libro, aunque al final, el libro es lo de menos. Mi nombre, como se decía cuando aún había novelas, no importa demasiado. Surgirá cuando lo exija la estrategia de este informe. Una tarde de invierno, a finales de 2009 descubrí en la mesa de novedades de la librería St. Mark's, en el East Village neoyorquino, un ejemplar de un libro de Vladimir Nabokov cuya existencia me era enteramente desconocida, *El original de Laura*. Lo cogí, con mucha curiosidad, y leí en la contraportada que se trataba de una novela que el escritor ruso había dejado inacabada al morir. Intrigado, me puse a hojear el volumen. Se trataba de un conjunto de fichas manuscritas, plagadas de borrones y tachaduras. No sé bien qué me hizo decidirme a comprar el libro, pero lo cierto es que lo leí de un tirón aquella misma noche y cuando terminé, se había adueñado de mí una sensación sumamente extraña, una inquietud que no acababa de entender. El texto de la novela, repartido de manera irregular entre sus fichas, me planteaba un reto al que me sentía obligado a responder, sólo que no sabía cómo. Pese a su carácter imperfecto y fragmentario y a la ingente cantidad de errores de que estaba plagado aquel conato de novela, lo que había leído me resultaba fascinante. No me lo podía quitar de la cabeza. Se apoderó de mí la idea, no de terminar lo que Nabokov había dejado poco después de haberlo comenzado... eso hubiera sido un despropósito, además de un empeño imposible. ¿Qué diablos me proponía hacer? me pregunté a mí mismo...

Tras pensarlo bien, creo que logré entenderlo: ¿Qué forma hubiera podido tener el texto de *El original de Laura* si la muerte de su autor no le hubiera impedido terminarlo? La idea tenía algo de en-

loquecedor. Cuando terminé la lectura eran las tres de la madrugada. No podía llamar a nadie para contárselo. Me tomé un somnífero y me acosté pensando que lo primero que haría en cuanto me despertara sería llamar a Arnold Swift para hablarle del hallazgo y de mi descabellada decisión. A las once de la mañana, me presenté en el garito donde le gusta recluirse a escribir, el Café Dada, en Brooklyn.

No acabo de entenderte, David. ¿Qué es lo que te propones hacer exactamente?

Hay una novela enterrada en esas fichas, tal vez dos. Alguien tiene que sacar a la luz todo eso.

Es un texto abortado, dijo Arnold. Tal vez no debiera haberse publicado. Por lo que respecta al libro en sí, es un objeto muy hermoso, una edición lujosa, desde el punto de vista material, pero no se puede hablar de obra literaria. Las críticas no fueron lo que se dice muy elogiosas, y con motivo.

No supe qué contestar. Tenía toda la razón. Los nabokovianos más recalcitrantes, gente como Martin Amis, tan cercano a Nabokov en sus años finales, y uno de sus mejores exégetas no vieron ningún valor en el texto. Al igual que le ocurrió a su biógrafo, Brian Boyd, Amis se las vio y las deseó tratando de justificar la decisión de su hijo Dmitri, que había tardado más de treinta años en decidirse a publicarlo. Antes de morir, Nabokov había dejado instrucciones inequívocas, pidiendo que la obra fuera destruida. En lugar de ello, Vera, su mujer, decidió guardarla en la caja fuerte de un banco suizo.

Tras mi conversación con Arnold Swift me fui en metro a Manhattan. Era mi último día en el New Yorker. Apenas quedaba nada en mi despacho. Dejaba la revista con sentimientos encontrados. Nadie me había pedido que me fuera, pero tampoco me presionó nadie para que me quedara. Fui yo quien tomó la decisión. No sé hasta qué punto me mentía a mí mismo, pero la excusa que puse fue que quería tener más tiempo para mí. Seguiría enviando colaboraciones, pero sin necesidad de ir a mi despacho cada día. Fue un golpe duro. Me

costó abandonar un trabajo que llevaba desempeñando desde hacía muchos años. Metí las pocas cosas que aún tenía allí en una mochila pequeña y me eché a la calle. Salí del edificio sin decir adiós a nadie, como si fuera a volver al día siguiente. Cuando me quise dar cuenta estaba en Columbus Circle. Pensé en adentrarme en Central Park, pero algo, no sé muy bien qué pudo ser, me hizo pensar en mi amiga Nicole Pierogi. Nicole es una mujer un tanto especial, y decidí hacerle una visita. A mucha gente le sorprende que me lleve tan bien con ella. Es agente literaria, una de las mejores que hay en Nueva York. Es de origen bielorruso y tiene fama de carecer de escrúpulos. Es cierto que como profesional es despiadada y agresiva, tal vez porque en un ámbito como el suyo no sea aconsejable actuar de otra manera. A mí me gusta mucho cómo es, no en el ámbito profesional, en eso no me meto, sino como ser humano. Siempre me ha caído muy bien. Es una mujer inteligente, con un gran sentido del humor, sumamente atractiva y reservada. Circulan numerosos rumores acerca de su pasado, y hay una aureola de misterio en todo cuanto guarda relación con sus *affaires*, pero nada de eso me afecta en absoluto, como tampoco me afecta la misteriosa costumbre que tiene de desaparecer del mapa por largos períodos de tiempo, semanas enteras seguidas a veces. Nadie sabe qué hace entonces ni a dónde va. Me gusta la idea que tiene de Nueva York. Cuando me explica lo que significa para ella dice que es un punto de llegada, el único que ha logrado encontrar tras numerosos años durante los que estuvo huyendo, sin saber muy bien de qué. Hay mucha gente aquí que se siente igual que yo, me dijo un día, individuos que tras años de arrastrar el peso de su existencia sin saber qué hacer, llegan aquí e inmediatamente comprenden que no les queda ningún otro lugar adonde ir. Nueva York es el final del camino para mucha gente de vida rota.

Cuando llegué a la agencia de Nicole debían de ser las dos de la tarde. Me recibió Abigail, su secretaria, una chica muy afable, que lleva más de siete años trabajando con ella. Le pregunté si Nicole es-

taba ocupada. Muchas veces me presento así, sin avisar, y es frecuente que no me pueda recibir. Sonriendo, me dijo que estaba de suerte y anunció mi presencia por el interfono. Di unos golpes en la puerta de su despacho antes de entrar. Nicole estaba leyendo algo en un iPad. Dejé caer la bolsa en un sillón y me senté frente a ella. Mis últimas pertenencias, dije. Acabo de vaciar mi despacho del New Yorker.

¿Y cómo te sientes?

Como si el sombrero loco de *Alicia en el país de las maravillas* no tuviera prisa por primera vez en su vida. Pero he venido para hablarte de otra cosa, contesté. ¿Conoces la historia de *El original de Laura*?

Sí, claro. ¿Qué vela se te ha perdido a ti en ese entierro?

Me tropecé con el libro en Saint Mark's. Lo estuve hojeando y decidí comprarlo. Eso fue por la tarde. Por la noche lo leí y cuando terminé estaba tan alterado que tuve que tomarme una pastilla para conciliar el sueño.

Ya me explicarás por qué. Todo el mundo dice que es un galimatías sin sentido.

Encendiendo un cigarrillo, me pidió que le contara la historia bien desde el principio.

Lo mejor que puedes hacer es contratar a un escritor fantasma, dijo cuando terminé. Uno bueno, eso sí. Te puedo recomendar a alguien, si quieres.

¿Ah sí?

Stanley Marlowe, dijo, con resolución.

¿Marlowe, como en las novelas de Chandler? ¿Me estás tomando el pelo?

Naturalmente que no. Es un tipo raro, como a ti te gustan. Pero no hay nadie mejor que él en todo el país. Fíate de lo que yo te diga. Está muy infravalorado, pero esto a ti te beneficia en estos momentos.

Cogió una tarjeta del escritorio, garabateó algo y me la dio.

Stanley Marlowe, *Hellman & Associates*, leí en voz alta. Me suena eso de *Hellman*. ¿No es donde trabaja Swift?

Creo que sí. Cuando hables con él, dile que eres amigo mío.
¿Por qué se hace llamar así?

Aprovecha para preguntárselo a él cuando lo conozcas. No, en serio. Os vais a caer bien, ya lo verás.

Cuando llegué a casa y entré en la página web de *Hellman & Associates* vi que ofrecían una gran diversidad de servicios. Fui directamente a la sección dedicada a la contratación de escritores fantasma. Llamé al número de teléfono que figuraba en la página web y pregunté por él.

El señor Marlowe no se encuentra en estos momentos. Intentaré pasarle con su número personal, me indicó una operadora. Un momento, por favor.

Stanley Marlowe al habla, ¿en qué puedo servirle? me preguntó una voz viril. Me presenté como amigo de Nicole Pierogi y noté que la recomendación le cayó bien. Haré lo que pueda, dijo, aunque en estos momentos tengo algo entre manos que no me deja tiempo para nada. Si no le importa, lo mejor es que complete el formulario que aparece en la página web de la agencia y me lo haga llegar cuanto antes por correo electrónico. Déjeme ver un momento mi calendario... Sí. Me ha dicho que me llama desde Manhattan. Veamos. Si quiere... Yo tengo que ir a Manhattan justamente la semana que viene. El encargo que estoy haciendo, para el máximo accionista de Wild Games, la empresa de videojuegos. Bueno, eso a usted le da igual. Sólo que me han habilitado un despacho en sus dependencias y eso puede resultar conveniente. Es un lugar muy curioso. ¿Qué tal si nos vemos allí el miércoles a la una y media? Perfecto entonces. ¿Cómo está Nicole? Hace mucho que no sé nada de ella.

§§§

La recepcionista que me atendió parecía un personaje escapado de un videojuego. Al ver mi perplejidad, la chica no pudo evitar sonreír. Era muy joven, seguramente menos de veinte años. Tenía los

ojos castaños y el pelo recogido en dos trenzas enroscadas a ambos lados de la cabeza. Llevaba una casaca azul celeste con rebordes dorados que se prolongaba en una falda corta, ceñida por una ancha banda de tela blanca y botas de cuero blando con la cordonadura cruzada hasta media pierna. *¿Los juegos del hambre?* dije medio en broma. La chica se rió: *¿En qué siglo vive usted?* preguntó, divertida. En la solapa llevaba una etiqueta en forma de ala en la que figuraba su nombre, Theresa Mackenzie.

Tengo cita con Stanley Marlowe, me adelanté a decir, antes de que me preguntara nada. La chica consultó su ordenador sin dejar de sonreír.

¿Benjamin Hallux, verdad?

El mismo.

Acompáñeme por favor, la sonrisa le había subido de los labios a la mirada.

Salió de detrás del mostrador y pulsó un botón que había en la pared. Muy lentamente se empezó a abrir una hendidura del tamaño de una puerta que daba a un pasadizo tubular. La chica me invitó a pasar. El pasadizo era muy largo y estaba en penumbra, iluminado sólo por unas placas rectangulares que colgaban del techo a grandes intervalos y que emitían un halo de luz negra. En las paredes curvas había unas estrechas aberturas de cristal desde las que se divisaban unos cubículos en los que trabajaba gente muy joven. Le pregunté a mi acompañante si el edificio era de construcción reciente.

Un par de años, aunque nosotros llevamos aquí algo menos de seis meses. Wild Games ocupa toda la planta 38 del Turnham Building, me explicó. La idea es replicar el ambiente de los juegos más vendidos del momento. Cada semana se la dedicamos a un tema. Los empleados que estamos en contacto con el público vamos vestidos como personajes de los videojuegos más populares.

Al final del pasillo había una puerta de metal que se abrió automáticamente cuando estábamos a punto de alcanzarla. Al otro lado

había una sala muy amplia. Una barra luminosa discurría paralelamente a la pared del fondo, que estaba enteramente recubierta de vitrinas llenas de botellas.

Me recuerda mucho al bar de *El resplandor*, dije.

Esta vez ha acertado, contestó mi acompañante. Es una réplica. Algo con sustancia, nada que ver con productos de pacotilla como *Los juegos del hambre*. Estamos probando un juego basado en la película de Kubrick. Por cierto, el bar no tiene nada de virtual. Puede usted servirse lo que guste, señor Hallux.

En un extremo de la barra había una bandeja plateada con unos vasos y una cubitera de hielo. En una placa de bronce aparecía escrito el nombre de Wild Games sobre la silueta del edificio Turnham. Una de las paredes era enteramente de cristal y ofrecía una vertiginosa vista del Oeste de Manhattan. Al final de una serie de rascacielos de alturas diferentes se divisaba un tramo del Hudson, como un brazo de plomo derretido. Miss McKenzie descolgó un teléfono que había en la pared.

El señor Marlowe me pide que le disculpe, dijo cuando terminó de hablar. Necesita unos minutos para terminar algo que tiene entre manos, pero no tardará mucho en recibirle. Con permiso.

Me acerqué a la cristalera. Un pequeño helicóptero de color cobalto que llevaba el nombre de Wild Games inscrito con letras doradas en un lateral del fuselaje, se acercó a los ventanales y se quedó tableteando a la altura de donde yo me encontraba, suspendido sobre la trama urbana de la isla. Lo tenía tan cerca que podía distinguir con claridad las facciones del piloto, un negro que sonreía dejando al descubierto una dentadura perfecta. A su lado, un tipo de tez sonrosada hacía tomas del edificio con una cámara de vídeo. Los rectángulos de cristal que daban al exterior temblaban al ritmo de las aspas. Durante unos instantes el cámara apuntó hacia mí, barrió después el espacio interior del bar, y cuando hubo terminado me saludó, alzando el brazo. Se estaba fraguando una tormenta. El cielo se había ido

oscureciendo hasta quedar reducido a una densa masa negruzca. De pronto descargó un trueno y rompió a llover violentamente. El piloto le hizo un gesto al cámara, que ocupó un asiento a su lado y el helicóptero desapareció. La tromba de agua borró la línea de edificios que bordeaba el Hudson. Contemplé absorto el espectáculo del cielo, intermitentemente iluminado por rayos y relámpagos que desgarraban el aire de la tarde. Al cabo de no sé muy bien cuánto tiempo la tormenta empezó a amainar, dando paso a una lluvia mansa por entre cuyos trazos oblicuos volvió a emerger la línea del cielo que bordeaba el Hudson. La tormenta se fue alejando hacia New Jersey, tiñendo el aire de colores violentos que adelantaban unas horas el crepúsculo. Como si estuviera sincronizada con los fenómenos atmosféricos, en el momento en que una astilla de sol despuntó en el horizonte, Miss Mackenzie volvió a entrar en el bar.

Acompáñeme por favor.

Nos adentramos por un pasillo que remedaba la galería de una prisión. En las paredes se proyectaban imágenes de un ataque espacial. Unas figuras semihumanas sorteaban un alud de bolas de fuego que iban cayendo en rápida sucesión, barriendo el techo y haciendo saltar por los aires los ladrillos del corredor por el que avanzábamos. Por entre las grietas del muro bombardeado se vislumbraba una jungla impenetrable. De allí pasamos a un segundo pasillo a salvo de ataques, flanqueado por puertas de cristal que daban a despachos de aspecto convencional, donde había gente tranquilamente trabajando. La última puerta, el doble de ancha que las demás, era de madera y tenía un rótulo que decía *Sala de mezclas*. Miss Mackenzie dio unos golpecitos con los nudillos y aguardó unos instantes antes de abrir. Entramos en un pequeño auditorio, en el que había unas veinte butacas de cuero frente a una gran pantalla.

Su visita, señor Marlowe, dijo mi acompañante, dirigiéndose a un individuo que estaba sentado delante de una consola.

Proyectada sobre la pantalla, se veía una página de Google con

varias hileras que reproducían fotografías de distinto tamaño en las que aparecían imágenes de un anciano. Encima de la primera hilera había un rótulo en el que se podía leer el nombre de Arthur Laughton. Marlowe arrastró el cursor de la flecha, que se convirtió en un puño con el índice extendido. Pulsó el ratón y una de las fotos se amplió, ocupando toda la pantalla. El anciano, vestido con atuendo de jugador de golf, sonreía a la cámara, flanqueado por un *caddy* de aspecto juvenil. Miss Mackenzie se acercó entonces a la puerta, y cerrándola tras de sí con sumo cuidado, nos dejó a solas. Marlowe me miró, abrió una latita que había encima de la mesa y pellizcó una brizna de tabaco de mascar.

Disculpe que le haya hecho esperar, dijo, poniéndose de pie para darme la mano. Era delgado, no muy alto, de barba recortada. Llevaba chaqueta vaquera, pantalón negro y gafas metálicas. Las imágenes del anciano desaparecieron de la pantalla.

El encargo que tiene ocupado todo mi tiempo, como le dije el otro día cuando hablamos por teléfono, es la autobiografía de Laughton. La idea es de su mujer. ¿Sabe quién es Arthur Laughton, el magnate? Es el socio mayoritario de Wild Games. Me han facilitado un despacho a fin de que vaya organizando el material. En estos momentos estaba visionando unas filmaciones caseras, escenas familiares y recuerdos de viaje más que nada. No sé si podré ocuparme de ninguna otra cosa, pero siendo amigo de Nicole, lo menos que puedo hacer es escuchar su propuesta. ¿De qué se trata? Aunque, pensándolo bien...

Volvió a pulsar el botón derecho del ratón. En la pantalla irrumpió, magnificado, el formulario que me había pedido que le enviara por correo electrónico unos días antes. En la esquina superior izquierda se veía una foto mía, en color.

Confieso que ha conseguido intrigarme, Hallux, dijo, proyectando un punto de láser rojo sobre la pantalla. El haz de luz se deslizó velozmente por encima de los renglones del texto:

Hellman & Associates, Servicios Literarios. Por favor, rellene todos los campos.

Categoría: Ficción.

Descripción sucinta del proyecto: Desentrañar la matriz de una novela póstuma dejada sin acabar por su autor, uno de los grandes escritores del siglo XX.

Extensión estimada: entre 60 y 90 páginas.

Plazo ideal de entrega: 3 meses.

Nombre del cliente: Benjamin Hallux.

Edad (opcional): 46 años.

Profesión: Novelista.

Dirección postal: 250 Mercer Street, Apartamento B-1303, Nueva York, NY 10012.

Dirección electrónica: benjamin.hallux@gmail.com

Teléfono de contacto: (646) 251-5619

Desentrañar la raíz...

La matriz.

Peor me lo pone, ¿no se le ocurrió nada más pomposo?

¿Cómo dice?

Eso sin hablar del apellido... Hallux... No se ponga nervioso. Vamos por partes.

Marlowe, espero que...

Déjeme hacer mi trabajo. Conque novelista, ¿eh? Esa sí que es buena. No sabía que quedaban... En cuanto a eso de Hallux, buen hallazgo ¿de dónde diablos lo ha sacado?

Si es por eso, podría empezar por contarme usted a mí de dónde ha sacado el suyo.

Nicole dijo que nos llevaríamos bien... No sé si...

No se despiste. ¿De dónde?

Del libro que quiero que usted me ayude a escribir.

Hablando de pomposidad. Ahí quería llegar yo. Veamos si le he entendido bien. Marlowe proyectó el punto de luz roja sobre la pantalla.

Desentrañar la matriz de una novela póstuma dejada sin acabar por su autor, uno de los grandes escritores del siglo XX. ¿Estaba borracho cuando escribió eso? ¿O se trataba de algo más sofisticado que el alcohol?

Marlowe, si quiere que nos entendamos...

¿Puede hacer el favor de no interrumpir y limitarse a contestar lo que le pregunto? ¿De qué geniezuelo se supone que estamos hablando?

¿Me permite? pregunté, arrebatándole sin demasiados miramientos el ratón.

Marlowe se hizo a un lado. Entré en Google y descargué una imagen en la pantalla. Ante nosotros, perfectamente definido, apareció el rostro prepúber de Sue Lyon. Los labios pintados de carmín chupaban provocativamente una piruleta plana, de color rojo sangre. Las gafas, dos corazones idénticos como otras tantas amapolas en llamas caían levemente sobre la nariz, blanquísima y escueta en su perfección. Asomando por encima de la montura, el arco breve de las cejas, los ojos como dos caramelos de color miel y en las lentes un reflejo de luces indistintas.

L - O - L - I - T - A

decían las letras de color azul que ocupaban el margen superior del póster de lado a lado. Marlowe volvió la silla giratoria hacia la imagen y la contempló largamente.

Ajá. Conque Vladimir Vladimirovich Nabokov, nada menos, dijo. Esto apesta a pleito antes de empezar. No es mi tipo de escritor. Lo encuentro un tanto fatuo y amanerado. Aunque es justo reconocer que le dio al mundo un puñado de libros que no estaban del todo

mal. Leí *Pálido fuego* hace un millón de años. No sé qué pensaría de él ahora. Con un clic hizo desaparecer el póster de la película de Kubrick. ¿A qué se refiere con eso de hurgar en la matriz? No soy ginecólogo, por si no lo sabe.

¿Vamos a hablar en serio o no?

No he hecho otra cosa. Es usted el que se pierde por cualquier comentario intrascendente. ¿Puede responder a mi pregunta, por favor?

Yo mismo no lo sé. Creo que en la aparente maraña de notas que dejó Nabokov en las fichas de lo que iba a ser su novela se oculta algo de mucho valor. Se trata de sacarlo a la luz.

¿Y tanto trabajo le hubiera costado decir así lo que se proponía en lugar de andarse con tanta metáfora de gusto dudoso? ¿Dice usted que es novelista?

Decidí pasar por alto su último comentario.

Por cierto, le he traído el cuerpo del delito para que lo juzgue por sí mismo.

Le entregué una bolsa de plástico.

¿Un regalo? Qué detalle. De todos modos, no cante victoria. No le he dicho que pueda ocuparme de este asunto ni de ningún otro, de nada le servirá intentar sobornarme. ¿Qué demonios...?

El original de Laura, novela en fragmentos, leyó pausadamente Marlowe tras haber extraído el volumen de la bolsa de plástico. Ahora que lo pienso... recuerdo que cuando se publicó....

¿Qué le parece el subtítulo?

Morir es divertido...

Pronunció las palabras muy despacio, haciendo saltar el hilo de luz roja de letra en letra. Cuando llegó al punto final, acarició la portada. Las mayúsculas del título, blancas y nítidas en el margen izquierdo de la solapa, perdían precisión, haciéndose cada vez más oscuras a medida que se desplazaban hacia la derecha hasta fundirse contra un fondo de color gris ceniza. En la solapa interior

de la contraportada se veía una foto de Nabokov septuagenario. Era un hombre muy atractivo incluso a aquella edad. El escritor fantasma apartó la sobrecubierta. Las tapas del libro, forradas de tela, reproducían una ficha de cartulina cuadriculada. Escrita con trazo tembloroso se leía la siguiente columna de palabras:

eliminar
suprimir
borrar
tachar
cancelar
anular
obliterar

Marlowe las leyó en voz alta, dejando pasar un breve intervalo de tiempo entre una y otra.

Una lista de sinónimos del verbo destruir, dijo. ¿Qué significa?

Ése es el asunto principal del libro, contesté. Por eso se desvanecen de manera imperceptible las letras del título. Formas de desaparecer, sólo que llevadas a cabo de manera activa: tachar, eliminar, en una palabra, borrar.

¿Borrar qué?

La realidad, la vida, la escritura, todo. El libro termina así. Las palabras que aparecen en la ficha son las últimas que escribió Nabokov antes de morir.

Marlowe volvió a fijarse en la portada.

Como puede ver, es una tarjeta de cartulina, como las que había antes en los ficheros de las bibliotecas. Nabokov escribía en ellas sus novelas. La edición que tiene en sus manos reproduce las fichas en las que el escritor estaba trabajando al morir. Son 138 en total. La que acaba de leer es la última.

Marlowe abrió el libro. Las hojas, de textura gruesa, eran réplicas

exactas de las cartulinas en las que el escritor ruso había empezado a tomar notas para su última novela. Estaban perforadas a lo largo del contorno, de modo que una simple presión de los dedos hubiera bastado para arrancarlas. La cantidad de texto que contenían era notablemente desigual. Algunas estaban prácticamente llenas; en otras sólo había uno o dos renglones. Abundaban los borrones y tachaduras. Marlowe abrió el libro por el final para ver cuántas páginas tenía.

270, dijo en voz alta.

Acarició el número con la yema del índice y volvió al principio, pasando las hojas más despacio que la primera vez. Las páginas estaban divididas en dos. La parte superior la ocupaban las tarjetas manuscritas. La inferior reproducía el mismo texto tipografiado.

Ese ejemplar es para usted. Yo tengo otros dos.

Marlowe deslizó el dedo corazón a lo largo de la línea de puntos que delimitaba el contorno de la última ficha y la arrancó.

Es lo mismo que he hecho yo con uno de mis ejemplares, le dije; extraer las fichas y guardarlas en una caja, igual que Nabokov.

Marlowe dejó pasar las hojas hasta el final, como si estuviera barajando unos naipes.

¿Qué es lo que tiene en mente, Hallux? Intente ser claro.

Cerró el volumen de golpe.

Desentrañar de las fichas la novela que hay enterrada en ellas. Se lo he dicho.

Ya... ¿y para qué diablos necesita a alguien como yo? No le he dado mi tarjeta, pero en ella viene claramente el nombre de mi oficio: *escritor fantasma*. Lo mío es un sucedáneo, mientras que se supone que usted es escritor de verdad.

Un escritor fantasma es justamente lo que estoy buscando, ¿por qué habla así de su trabajo? ¿No le gusta?

Todo lo contrario, no se me ocurre ninguna ocupación mejor.

¿Entonces, cuál es el problema?

Si carecer de imaginación no es problema, ninguno.

En ese caso, todo está en orden. Necesito a alguien con talento para escribir, pero que sea inmune al virus de la imaginación. Los escritores de verdad, como dice usted, no somos capaces de salir de nosotros mismos y eso es una limitación espantosa, estamos encadenados. Por el contrario, un escritor fantasma es capaz de dar forma a lo que los demás sólo alcanzan a soñar. Es una profesión sin límites. A ustedes se les puede pedir que escriban cualquier cosa: la biografía de un tenista, de un rapero, de una puta, de un magnate... ¿No es eso lo que está haciendo ahora con Laughton?

Marlowe soltó una carcajada.

¿Qué le hace tanta gracia?

Nada. Sólo que en su caso rizo el rizo: lo que su mujer me ha encargado es que escriba su autobiografía.

Más a mi favor aún, ¿no cree?

Si usted lo dice.

Me ha parecido de lo más instructiva la página de *Hellmann & Associates*. Es lo que ha dicho usted, aceptan toda clase de encargos: *thrillers*, libros de viajes, manuales de cocina, novelas románticas, de vampiros, históricas, de ciencia ficción. ¿Ha escrito usted algún *bestseller*?

No es tan fácil como parece. Escribir libros malos que lleguen a mucha gente es un don que no se adquiere. Se nace con él.

No se preocupe. No le quiero encargar un libro malo. Me interesa su perfil como editor. Usted ha trabajado con gente del calibre de Mailer y Gore Vidal. Son palabras mayores, estamos hablando de verdaderos gigantes. No se tiene que asustar por el nombre de Nabokov.

Si estuviera vivo, aún... Lo que me propone es muy distinto.

¿Quiere decir que lo suyo es hurgar en la basura? ¿Qué hacen ahí todos esos libros? ¿Tienen algo que ver con usted?

Marlowe se rió.

Eso es cosa de Gloria Laughton. Es la idea que tiene la gente de la literatura. Hizo que la secretaria de *Hellman & Associates* le hicie-

ra llegar los títulos estelares escritos con la ayuda de los escritores fantasma de la agencia para ponerlos ahí. Eso debería ser suficiente para que se piense dos veces si vale la pena contratarme. Ahí no hay absolutamente nada de valor.

En ese caso no le importará...

Levantándome de un salto, me acerqué a la estantería y empecé a sacar libros al azar. A medida que terminaba de leer los títulos, los arrojaba al aire por detrás de mí, como si fuera un cosaco dando cuenta de una botella de vodka vaso a vaso:

Un templo en el fondo del mar; El pijama de Auschwitz; La tristeza del espadachín; El lenguaje de la mente; Los pilares del universo; El tiempo sin pespunte; La sombra del huracán; ¿Con qué sueñan las modistillas?; Retrato del vampiro adolescente; La lesbiana de Estocolmo; El Códice Artúrico; Secretos de una presentadora de televisión; El espía del demonio... ¿Qué tiene esto que ver con la literatura? ¿No le repugna ser partícipe de esta gigantesca operación? ¿No le da pena contribuir al engaño masivo de millones de personas?

En el rostro de Marlowe se dibujó una sonrisa agria.

Tiene razón, dijo. Todo eso no es más que basura. Bazofia inmundada. Una engañifa, pero es lo que se vende, y a la gente le gusta. Hace bien en reírse... y en omitir los nombres de los autores.

Fui a coger otro libro, pero me lo impidió.

Es suficiente, Hallux. Ha quedado claro lo que piensa y que yo estoy de acuerdo, no hace falta que me siga escarneciendo.

No me estoy burlando de usted, Marlowe. Al contrario, le necesito. Ya me dijo Nicole que nos entenderíamos. Le propongo dejar de trabajar con basura como la que hay aquí y ocuparse de un libro de verdad. Usted es de los míos. No me deje en la estacada.

Marlowe cogió el ejemplar de *El original de Laura* que había encima de su mesa y escrutó la cubierta como si a través de ella pudiera ver el interior del libro.

¿Por qué no me lo cuenta todo bien desde el principio? preguntó.

Mariposas de Norteamérica

Marlowe guardó la novela de Nabokov en una especie de bolsa de explorador, y puso en orden las cosas que tenía junto a la consola. Salimos del auditorio y avanzamos por el mismo pasillo carcelario que había recorrido con Theresa Mackenzie hacía algo más de una hora. Esta vez no fuimos objeto de ningún bombardeo virtual. Unos focos de luz negra iluminaban nuestros pasos. Cuando llegamos al bar, la vista de Manhattan que se abrió ante nosotros me pareció aún más espectacular que la primera vez. Hacia el oeste, las luces de los rascacielos cuadrículaban la noche. Abajo, las sombras de los edificios se sumergían en los desfiladeros de las avenidas, iluminadas por las ringleras rojas y blancas de los coches. Las luces de posición de los aviones destellaban dispersas por el cielo. Una formación de helicópteros surcó el horizonte, como una bandada de pájaros en retirada. Tampoco esta vez había nadie en el bar del Tur-nham. Como si estuviera familiarizado con el lugar, Marlowe tocó el timbre de metal que había en un extremo de la barra luminosa. Inmediatamente se abrió una puerta lateral y apareció un camarero impecablemente uniformado.

Buenas noches, ¿desean tomar algo? preguntó sonriente.

Buenas noches, Phil, contestó Marlowe. ¿Qué le apetece, Hal-lux?

¿Qué va a beber usted?

Un bourbon, ya sé que parece un gesto de novela negra, pero es lo que me apetece.

En algún momento habrá que dejar las ironías, si quiere que tengamos una conversación medio normal.

Tiene razón. Que sean dos *Blanton's*, Phil.

Nos sentamos de cara al ventanal que daba al exterior. El camarero se acercó con una bandeja. Junto a los vasos había un teléfono móvil.

Tiene una llamada, señor Marlowe. La señora Laughton, dijo.

Disculpándose, el escritor fantasma se alejó hacia los ventanales, conversó por espacio de unos minutos y regresó a mi lado.

El avión de Gloria Laughton acaba de aterrizar. Pasará por aquí después de registrarse en el hotel. Tenemos tiempo de sobra para hablar, dijo, alzando el vaso. Imité su gesto y di comienzo a la larga historia que tenía que contar.

§§§

1976. Nabokov sufre una caída de la que jamás llegará a recuperarse. Al cabo de un año fallece en un hospital de Ginebra. Entre los papeles que deja al morir hay un juego de fichas bibliográficas que contienen el embrión de una novela, cuyo título provisional es *El original de Laura*. Cuando tiene la certeza de que no va a lograr terminarla da órdenes estrictas de que las fichas sean destruidas. Le aterra la posibilidad de legar a la posteridad un fruto imperfecto de su imaginación. Sólo los aficionados, había escrito en una ocasión, conservan manuscritos. En *La verdadera vida de Sebastian Knight*, la primera novela que escribió en inglés, Nabokov afirma lapidariamente que no se debe permitir que sobreviva ningún escrito que no tenga la forma definitiva del libro publicado. Al morir el escritor la cuestión queda en manos de su hijo, Dmitri. Cuando llega la hora de la verdad, viendo que efectivamente estaba en sus manos la suerte de un libro que en realidad no les pertenecía ni a él ni a su madre, los herederos de Nabokov se sienten incapaces de destruirlo. En mi opinión, Marlowe, hicieron bien. En el momento en que un autor escribe una novela, deja de pertenecerle. Ninguna ley puede

cambiar eso. Ya sé que ésta no la terminó, pero eso no invalida mi argumento, si acaso lo refuerza por no estar el autor ya en el mundo de los vivos. En todo caso, no sabiendo muy bien cómo actuar y a la espera de tomar una decisión definitiva, los Nabokov depositan las fichas que contienen el texto de *El original de Laura* en la caja fuerte de un banco suizo. En 1991 fallece Vera, dejando la decisión en manos de Dmitri.

Tiempo apenas de dar un sorbo a mi copa, que está casi intacta. La del escritor fantasma, por el contrario, está vacía.

Está demostrado que el *Blanton's* tiene propiedades que ayudan a mantener en el grado máximo de sensibilidad la capacidad auditiva crítica. Hablar es otra historia.

Emergiendo de las sombras, Phil se ocupa de rellenar su copa.

Soy todo oídos, dice tras un sorbo prudente.

Con su permiso, Marlowe, voy a cambiar la narración al pretérito.

¿Y eso por qué?

Para centrarme con más precisión en los hechos.

Ni que estuviéramos editando un manuscrito. Como quiera.

Cuando empezó a dar forma a *El original de Laura*, Nabokov estaba organizando un libro de cuentos, a la vez que revisaba la traducción de *Ada o el ardor* al francés. Su idea era terminar la novela en menos de un año. En una carta escrita a un amigo le cuenta que se estaba divirtiendo infinitamente mientras la escribía. Es un libro extraordinario, créame. Está impregnado de misterio. Nabokov se asoma a zonas insospechadas del deseo, yendo más allá de lo que lo había hecho nunca... La verdad, Marlowe, es que no entiendo muy bien mi reacción a *El original de Laura*... Nabokov siempre me ha sido indiferente, incluso me caía mal. Su arrogancia me ofendía. Hablaba con desdén de escritores que son fundamentales para mí: Joseph Conrad, Thomas Mann, Dostoievski, Cervantes. Pero ahora que me he metido en su mundo, he cambiado de opinión. No

todo lo que ha escrito me interesa, ni mucho menos, pero su figura me parece fascinante. Me admiran su historia personal, su aristocrático estético e intelectual, su huida de la revolución rusa, el hecho de que fuera testigo presencial del asesinato de su padre en Berlín, que cayó abatido por un disparo de revólver en un mitin, las mansiones y los hoteles en los que vivió, sus expediciones en busca de especies de mariposas de rareza inusitada, en las que recorrió centenares de millares de kilómetros. Me sobrecoge la dimensión de las pérdidas que padeció: la de su fortuna, su padre, su país, su idioma. Son pérdidas trágicas. Me asombra el hecho de que dejara de escribir en su lengua materna para empezar su carrera literaria desde cero en otro idioma, sin posibilidad de regreso. El hecho de que jamás volviera a pisar su Rusia natal me hace sentir escalofríos. Renació en América, que es el sentido que tiene venir a este continente, y después de alcanzar el máximo reconocimiento a que puede aspirar un escritor en un país extraordinariamente refractario a todo lo que viene de fuera, como Estados Unidos, abandonó el Nuevo Mundo para tampoco volver a poner pie en él jamás. Pasó sus años finales confinado en un hotel de lujo a orillas del lago Lemán, con la imagen de los Alpes siempre a la vista, prisionero de la fama en el país con menos alma de la tierra, aunque sea la patria de Walser, uno de mis dioses. Nabokov es uno de los escasos escritores de la modernidad que ha logrado dar vida a un mito. El éxito desmesurado de *Lolita* tiene que ver con su capacidad para hacer que los lectores nos enfrentemos al lado más oscuro de nosotros mismos. En *El original de Laura* vuelve una vez más sobre el espinoso asunto de las ninfulas. Aunque hay un punto de ironía, en la nueva novela el enigma de lo prohibido se abre a dimensiones insospechadas. Nabokov nos lleva a zonas peligrosas, que la gente de bien finge rehuir aterrada, precisamente porque le atraen. Nos arrastra al abismo, sólo que lo hace con la inocencia de un niño. Pero me estoy adelantando, volvamos a los hechos. Perdone tanto

cambio, pero necesito volver al tiempo presente. Es un problema que siempre he tenido como escritor.

Está usted como un cencerro, Hallux, deberíamos cambiar de profesión.

¿Qué quiere decir?

Usted se debería dedicar a la edición y a la escritura fantasma y yo debería probar suerte con la creación ex nihilo. Déle un tiento a su copa, se la va a quedar seco el gazzate.

Un año antes de la caída, en 1975, Nabokov siente bullir dentro de sí una inmensa energía, aunque físicamente anda mal de salud. Empieza a tener una serie de achaques que le recuerdan que su tiempo en la tierra toca a su fin. La lista de males que padece es interminable: insomnio, neumonía, lumbago, delirios, fiebres. Decae la fortaleza del cuerpo, a punto de ser abandonado por el alma. Lo llevan de hospital en hospital, de habitación en habitación, de cama en cama. De vez en cuando pierde la lucidez. Tal como me lo imagino, tiene la idea de la novela entera en su cabeza, pero le falta fuerza para trasladarla al papel. Con gran dificultad, va rellenando las fichas a trompicones. A finales de otoño de 1976, lo entrevistan para el suplemento de libros del *New York Times*. El periodista tiene curiosidad por saber qué ha leído últimamente. A lo largo del verano, responde, durante su convalecencia en un hospital de Lausana, había leído el *Infierno* de Dante, *Mariposas de Norteamérica*, de William H. Howe y, confundiendo lectura y escritura, *El original de Laura*. En sus ensoñaciones enfermas, el escritor se ve a sí mismo leyendo en voz alta la novela ante un grupo de admiradores espectrales, sus lectores fantasma del futuro. En la correspondencia recogida por Dmitri hay una carta en la que cuenta cómo recitaba el texto ante un corro de oyentes imaginarios, entre los que figuraban pavos reales, palomas, sus difuntos padres, dos cipreses, unas cuantas enfermeras jóvenes que no dejaban de acuclillarse y un médico de familia tan anciano que era casi invisible. Esta última

imagen vale perfectamente para él. El viejo escritor, prácticamente invisible, no será capaz de terminar el libro. Morirá borrado por su propia escritura. De eso habla obsesivamente en la novela, como pudo comprobar cuando leyó la última ficha. Por eso también aparece el texto de la misma en la portada interior. Lo que describe en la carta es parte de una fantasía desaforada, un reflejo de su imaginación, que ya no es más que un espejo roto. La vida ha empezado a escapársele, llenándole de niebla la cabeza, empujándole por unos corredores que lo llevan a un lugar al que se resiste a entrar hasta que en 1977 por fin muere, con los pulmones encharcados.

Cogí el ejemplar de *El original de Laura* que Marlowe había dejado encima de la mesa y volví a leer, esta vez para mí, la enigmática ficha final: *eliminar, suprimir, borrar, tachar, cancelar, anular, obliterar...*

No crear, sino destruir, seguí diciendo. Destruir después de haber creado. Cuando tuve esta edición en mis manos mi opinión sobre Nabokov cambió. Hasta entonces, siempre me había inspirado rechazo. Resulta difícil pensar en nadie que haya ejercido un control más férreo sobre su propia escritura. Nada es espontáneo en él. Sus entrevistas eran fingidas. Parecía que contestaba con naturalidad, cuando en realidad estaba leyendo respuestas preparadas de antemano en unas fichas que escondía tras una torre de libros. Con *El original de Laura* no es así. Por primera vez, Nabokov está al desnudo, inerme frente a la crítica y a los lectores, a merced de sus enemigos, sin máscara. Nunca le había ocurrido nada semejante, pero hay más. Como le gusta repetir a Nicole, todos tenemos algo que ocultar, y Nabokov no es una excepción. El estado en que dejó la novela le impidió borrar ciertas huellas. En eso consiste el reto que nos plantea: todo está ahí; los caminos que emprende y que se ve obligado a abandonar porque le fallaban las fuerzas. Las señales son inequívocas. Por debajo de las grietas y entresijos de las fichas, late un texto que pide a gritos que alguien lo rescate; quien entra

ahí escucha cómo se desgarran la voz creadora, que empieza primero a enloquecer, hasta que por fin enmudece. El texto de *El original de Laura* es una carta en clave a los lectores del futuro.

En ese momento se acercó el camarero.

La señora Laughton acaba de llegar. Le espera en el despacho de su marido.

Marlowe apuró su bourbon y se levantó.

Ha sido un placer, Hallux, dijo sonriendo. Creo que me hago una idea de lo que quiere. El viernes salgo para California, a conocer los dominios de los Laughton. Me llevaré conmigo el libro. En cuanto le haya echado un vistazo con calma le digo algo.